

dieron desatarse de ningún modo en paz, hubo que fundirlos al incendio revolucionario. La educación por los Reyes dadas en aquel momento á los príncipes aumentaba las desdichas de príncipes y Reyes. Mucho debía repugnarle al Delfín tratar los milicianos nacionales como ejército regular, cuando le ceñían hasta sus más rendidos cortesanos por el disgusto que mostraba en sus gestos inconscientes, cuando solía encontrarlos en sus juegos y en sus paseos por los retenes de guardia que custodiaban el palacio y el jardín de las Tullerías. María Antonieta le industriaba, siempre que iba cualquier comisión popular, en los saludos dobles y en las palabras decibles á las gentes del pueblo, para que, sin perder el Delfín su dignidad, no generase malcontento. Y el pobre niño, en cuanto los comisionados se habían ido, volvía á su madre, y le decía: «¿no es así como lo querías y mandabais?» Pero, cuando el gran conflicto moral estribaba en que la memoria del Rey se volvía siempre hacia lo pasado y el entendimiento colectivo de su pueblo hacia lo porvenir, adiestraban al heredero de la corona sólo en Historia, y ni una palabra le decían acertada, no ya de humano derecho, de contemporánea política. El Monarca y el pueblo no se comprendían, porque aquél prestaba culto á un concepto, aquél amaba la tradición histórica, y éste amaba los puros derechos humanos; aquél convertía sus ojos á las perspectivas de lo pasado asombradas por infinitas supersticiones, y éste á las perspectivas de lo porvenir, donde la luz de los ojos y el calor de la vida se acompañaban de relámpagos deslumbradores y exterminadoras centellas. El Rey se desposaba con la muerte y el pueblo con la tempestad. De un lado prescindían por completo de lo presente y de lo porvenir, mientras del otro prescindían por completo de lo pasado. El Rey sólo quería vivir con los muertos, llevándolos en su alma, como los llevaba en su política, y pidiéndoles perdón, de que, transmitido por ellos á su persona un poder tan enorme, no lo esgrimiera en su pro, dejándolos ofendidos é indefensos en la memoria humana como desheredados á sus herederos; mas el pueblo, á su vez, no quería saber nada de lo pasado en totalidad y conjunto, reía sus viejas ridiculeces y lloraba sus seculares crímenes, proponiéndose rullarlo sin piedad hasta de la memoria, como si la cuna del hombre no se relacionara con el sepulcro, y una generación presente no tuviera sus raíces enredadas con las generaciones preteritas, y el ara de los hogares, donde habitan los vivos, no estuviera compuesto con las losas bajo cuya frialdad duermen su perdurable sueño los muertos. Y este gravísimo conflicto, que debía traer mares de lágrimas con diluvios de sangre, la familia real llenaba el cerebro de los continuadores del antiguo derecho histórico y realista con lecciones de Historia, completamente opuestas á los puros conceptos, cuyo poder obedecían los impulsos de las muchedumbres, conceptos tan alejados de su voluntad como el norte de su brújula, pero moviéndola ó sujetándola por un misterioso magnetismo espiritual, tan verdadero como el magnetismo celeste.

La verdad es que aquel regreso de la corte, odioso al Monarca y á toda su familia, di-

fundió en los aires una corriente de simpatía entre la plebe y la corte, que se rompió por culpa de esta última. El pueblo parisién de ninguna manera sentía la República en tal momento. Con su candor ingenuo las pobres muchedumbres creían á pies juntos que las supersticiones de sus Monarcas no estaban en ellos tanto como en los espacios del palacio donde habitaban, impregnadas sus paredes del humo de la general adulación, como se impregnan los templos del humo de los incensarios. El Rey en París era para los demócratas la terminación del conflicto entre la democracia y la monarquía, puesto que París, mostrándole un amor intensísimo, así como imbuyéndole su espíritu liberal, concluiría por convencerle de que no hay honra como reinar sobre un pueblo redimido y persuadirle á recibir la Constitución de grado y convivir en paz con la Francia. Pero, mientras el pueblo confiaba cada día más en Luis XVI, confiaba éste cada día menos en el pueblo. Y á sus aclamaciones respondía con una conjuración permanente para evadirse. Y la evasión entrañaba males de una transcendencia, cuyos alcances no podía el pueblo saber, sino por esas intuiciones y esos presentimientos propios de las muchedumbres, quienes llevan en su alma que parece impersonal, sobre todo por los momentos críticos de las revoluciones poderosas, anuncios de lo porvenir, á la verdad increíble. Los Reyes no se iban allende la frontera, como pueda irse un emigrado de cualquier otra categoría y estirpe. Su ausencia significaba una guerra extraña sumada con la guerra civil que ardía entonces por todas partes y devoraba en sus llamas la nación entera, encendida ó abrasada por la fiebre revolucionaria. Uno de los hechos más generadores del terrible último instante que pasó la monarquía en Versalles, á donde jamás ha vuelto, fué aquella evasión ideada y puesta en práctica ya casi mostrando los tiros aparejados y las carrozas dispuestas y los postillones apercibidos á la entrada del palacio de Versalles para irse desde las orillas del Sena, en rápidas fugas, á las orillas del Mosela, tornando á la cabeza de su ejército y restableciendo el imperio absoluto de la monarquía extranjera. En todo conflicto guerrero caen sobre los pueblos tal género de plagas, que ni las plagas de Egipto. Cuando la guerra estalla entre un Estado autónomo y un Estado extranjero, á las penas por los males innumerables, se junta el escozor de la deshonra sufrida. Por esta razón los pueblos han puesto en todos sus códigos penales con acierto la pena de muerte á unos crímenes tan grandes como los que supone una irrupción en la patria. Y una irrupción apercibían los reyes en estas criminales evasiones, base del juicio que formuló contra ellos la Convención, y que ha confirmado la Historia. Cuando más aclamaba el pueblo á la Reina, más apercibía ésta conjura tras conjura, encaminadas á la evasión. Fué una de las primeras, amén la ya sabida del viaje á Metz desde Versalles, la dispuesta por el duque de Luynes, y comunicada con sigilo á la Reina por su amiga y dama, la duquesa consorte. Según las memorias del tiempo, los duques no se proponían en esta conjura un viaje de toda la dinastía; limitábanse á proponer y realizar el viaje tan sólo de la Reina, más odiosa por su mal á los revolucionarios que

todo el resto de la familia reinante. Nunca perdía de su memoria la pobre Reina en todos aquellos amargos trances lo que demandaban de su persona los timbres y los prestigios del árbol genealógico, de cuyas raíces y ramas provenían su sér y vida. Así, en cuanto los duques le notificaron que urdían una evasión, se abrieron sus entrañas á las tristes ilusiones de salvarse por tan criminal medio; mas, así que le dijeron cómo ella tan sólo debía partirse, dejándose allí en París al resto de su familia, se levantó airada, como si le picara una vibora, y aseguró con arrogancia que cumpliría con su deber, y su deber estaba en morir junto á sus hijos y á su esposo, envuelta en las iras que pudieran á ellos exterminarlos, y aplastada bajo las ruinas de su trono, sacra nave, que no podía dejar en aquel deshecho naufragio. La infeliz no sabía que cada tentativa frustrada de criminal evasión, era un empuje dado por el pueblo á su persona real hacia las tablas del cadalso.

Pero no fué la única temeridad intentada entonces la del duque de Luynes. Otras siguieron. Madame Campan, testigo de mayor excepción para estos tiempos y circunstancias, refiere nuevo plan de traidora evasión regia no menos descabellado. Sonaban en el reloj del patio de Palacio las altas horas de una noche invernal, cuando cierto diputado que á pesar de pertenecer al Congreso Constituyente, aún se creía representante de la nobleza, como si los Estados Generales con sus tres brazos, todavía subsistieran, el conde Insdal se presentó á la confidente de María Antonieta, Madame Campan, diciéndole que, á la hora del sueño profundo y universal, partidarios celosos de los reyes irían sigilosa y recatadamente allí en busca de sus personas, para empaquetarlas en una carroza, conducir las á la frontera, y ponerlas en salvo. Sección de milicia nacional adicta, vigilantes del Palacio monárquicos, nobles patricios resueltos á jugarse la cabeza, conspiradores dignos de una conjuración veneciana, gente del pueblo fidelísima, tiros de coches seguros, postillones rápidos como el viento, mudas de posta bien apercebidas, pelotones del ejército bien armados se disponían al combate y aun al sacrificio, recogiendo los reyes antes de la madrugada en su residencia, y poniéndolos á la tarde ó noche del siguiente día en la frontera sanos y salvos. Madame Campan experimentó una especie de terror en su alma y escalofrío en su cuerpo, trágicos verdaderamente, al oír tamaño plan, y le dijo al conde que no podía escuchar todo aquello, ni menos comunicarlo á los reyes, pues le iba la cabeza, por ser fácil despertar sospechas, dado su oficio en la corte; pero podía decirsele él mismo al respetable suegro de ella, no tan sospechoso á los revolucionarios como su nuera, y que solía entrar en la cámara sin ser llamado, cosa completamente prohibida por los rituales cortesanos á los azalatas; y así desempeñaría la comisión peligrosa sin ser notado, y por consecuencia sin daño ni peligro alguno. Habló, con efecto, al suegro de la Campan el conde conspirador y obtuvo su aquiescencia irrefragable al proyecto, tras lo cual fuese hacia la cámara éste muy resuelto, no sólo á comunicarlo en seguida, sino también á ponerlo por obra. Encontrábase jugando al wisth la regia familia; y Campan la enteró como

pudo, en voz baja, de todo cuanto se apercibía y preparaba. No respondió el Rey al pronto, según antigua costumbre suya, correspondiente con su nativa perplegidad ó incertidumbre, dimanadas de parálisis así en el pensamiento como en la voluntad. Pero su hermano, el conde célebre de Provenza, más tarde Luis XVIII, á quien le daba por deslizarse en toda conversación, ó un refrán ó un verso, pidió al embajador en exámetros clásicos que repitiera la propuesta, muy halagüeña para su oído y muy salvadora de la real familia. Tras esto el Rey ya dijo algo más concreto, ya dijo la repunancia de su corazón á dejarse arrebatado por un raptó y evasión de donde lo llevaran poco de su grado, especie recibida por la Reina como un asentimiento y por el embajador por irrevocable negativa: que tales terribles largas solía dar en los asuntos, y tamañas dificultades poner la falta de resolución y de ánimo en el débil y debilitado Monarca. Lo cierto es que madame Campan y la Reina creyeron en la realización del proyecto y pasaron todo el tiempo que duraron las sombras empaquetando las joyas y disponiendo maletas para una evasión. Cada ruido les parecía el anuncio de la llegada del complot. A cada instante abrían las ventanas sin recelo, atisbando sin escrúpulo y atendiendo con impaciencia, en medio de la vigilancia circundante á sus personas, y que podía perderlas para siempre sin tardanza y sin remedio en aquellas terribles delaciones hechas por la temeridad al recelo. Cuando rayó el alba, y no sucedió cosa ninguna, las dos mujeres se acostaron desesperadas y no pudieron ¡infelices! conciliar el sueño. Sin embargo, la Reina, fascinada por aquellos proyectos, que absorbían todo su pensamiento y le calmaban un poco el desarreglo nervioso con ilusiones mentidas ó esperanzas engañosas, decía sin tregua ni descanso que necesitaba partirse, pues aumentaba la insolencia de los esbirros y disminuía en aquel tremendo trance toda probabilidad de salvamento.

Tal estado de los ánimos y tal movimiento de los hechos, significaba una senda conspiración en el palacio y en el pueblo; esta conspiración doble traía sin remedio aparejado un triste rompimiento entre pueblo y palacio. Se necesitaba que la naturaleza de un oficio singular como el oficio de Monarca y la perversidad de una educación que, poniendo á las personas sobre la humanidad, concluye por ponerla fuera de la humanidad, hubieran trastornado mucho el juicio de Luis XVI y de su familia para prestarse los cuitados con aquella inconsciencia y facilidad á maniobras tales como las preparatorias á su evasión, que llevaba á una guerra contra la patria. Mas desde la mañana en que los Estados Generales se declararon Asamblea Constituyente, hasta el cautiverio en las Tullerías, no idearon medio alguno de conciliación los Reyes con el pueblo, sólo idearon medios de huirlo para volverse contra él y diezmarlo sin piedad ó reducirlo á la vieja servidumbre. Fomentaban este sentimiento de los Monarcas franceses, y añadían leña sin fin al fuego de las pasiones, en éstos ardientes, los Reyes extranjeros, viendo cómo el contagio de la revolución se difundía por todas partes y vacilaban las más espléndidas co-

ronas sobre sus frentes, por el rayo de la revolución amenazadas. El conde Segur, que fuera embajador en Petersburgo, el arzobispo de Tolosa, que pugnaba por una reacción inmediata; varios amigos del Rey de Suecia y de la Emperatriz Catalina, urdían proyecto tras proyecto, los cuales, dirigidos á salvar la dinastía, con imprudencias inverosímiles, únicamente lograban perderla sin remedio. Catalina, desde su trono inmovible, reinando sobre millones de siervos mudos é inertes, que la creían su Dios, como la tormenta no llegó ni á sus pies, aconsejaba empresas de valor heroico y tentativas de novela sentimental, sin pensar que todos aquellos esfuerzos podían convertir en víctimas de la revolución á los prisioneros irredimibles. Uniase á todo esto la intervención diaria de los emigrados en Coblenza, que habían allí constituido una especie de gobierno y declarádose redentores de los Reyes, sin alcanzar otro resultado que indisponer de muerte á éstos con sus pueblos, revelando la perdurable conspiración del palacio y sus adeptos contra el Congreso y sus representantes. Calonne mismo, aquel ministro de pésima sombra, cuyos pensamientos y decretos habían dado mal de ojo á la dinastía, perdida desde su nefasto ministerio, era cabeza de motín, cooperando á terminar el destronamiento después de haberlo comenzado. La Reina veía con facilidad que todo aquel matalotaje de conspiraciones urdidas por los emigrados en Coblenza, metía mucho ruido y no les prestaba ningún servicio, quebrantándolos en vez de robustecerlos; pero el Rey lo dejaba todo á la buena de Dios, y el descuido, parecido á desconocimiento, por lo menos, á desprecio del mal, aumentaba la terrible intensidad de éste. Y pasaban los señores de la casa real su tiempo y consumían su vida con los devotos, ideando planes de fuga, ya dispuestos y apercebidos por ellos, ó ya pensados y escritos por múltiples agentes de los emigrados, todos pesimistas, y de los Reyes extranjeros en su trono malheridos por el temor al contagio de la revolución, todos conspiradores. Así las imprudencias seguían á las imprudencias. El deseo natural de los Reyes de mostrar gratitud á sus defensores contra el pueblo hacía que se delatasen al pueblo de una enemiga imperdonable. La osadía llegaba en aquellos trances al punto de que, siendo la emigración en Alemania y las colonias de absolutistas en las orillas del Rhin agrupadas, una conspiración permanente contra la libertad y la independencia de Francia, los que iban á engrosar tal asedio al nuevo régimen, se pasaban por la Tullerías antes y recibían á una dineros y consignas para urdir y perpetrar este atentado á la libertad y á la patria. Guardias de los más distinguidos en la facciosa orgía de Versalles, cuyos excesos determinaron el traslado de los Reyes á París, iban por el palacio y se llevaban alientos con excitaciones contra la revolución y el Congreso.

Entre todos estos maquinadores de reacciones políticas y de fugas regias, había indudablemente uno que otro de mérito sumo. Tal era el célebre Rivarol, cuya persona y escritos, puestos un poco en la sombra por los historiadores clásicos de la Francia revolucionaria, resaltan ahora merced al descubrimiento de memorias suyas y papeles concernientes

á su intervención en la política, todos ellos de una excepcional importancia. Madame Campan, cuyas *Memorias* hacen fe histórica en todo lo referente á intimidades y secretos de la Reina durante todo este periodo, recuerda que consumían las noches del invierno del ochenta y nueve, señora y azafata, leyendo planes de fuga pensados por la fuerte cabeza del periodista insigne y puestos en su claro estilo. Estaba la política de Rivarol fundada en un concepto muy claro y muy racional, que pudo tener aplicación antes de haberse los Estados generales erigido en Asamblea Constituyente, pero que aparecía inaplicable desde tal metamorfosis. Para evitar que hiciera el pueblo una revolución era necesario la hiciera el Rey, pues no podían durar los desórdenes y los errores del antiguo régimen. En esto Rivarol tenía razón; mas, necesitando un Rey de acero, fuerte y flexible al mismo tiempo, para que tal razón prevaleciera, y teniéndolo de blanda linfa, marraba su proyecto por la base, no tenía tal drama protagonista posible, ni obra todo ejecutor á todo dispuesto. Mas en lo que no tenía razón tampoco, era en imputar el estado de agitación allí reinante á cuatro malos copleros y escritores cuando provenía de todo el pensamiento filósofo francés desde Desdartes hasta Diderot. Le mareaba el oleaje demasiado para ver la esencia y fondo de aquella revolución. Así clasificaba los partidos en honestos y deshonestos. Decía que los revolucionarios estaban por la fortuna y los realistas por la desgracia. Presagiaba la conversión de aquellos folicularios demagógicos en aduladores, tras de haber sido libelistas. Con frase feliz y pensamiento profundo auguraba que si la Monarquía rehiciera su poder, sus calumniadores se convertirían cortesanos pidiendo gracias en su desvergüenza, y aun alcanzándolas, porque se favorece más en el perverso mundo político á quienes los poderosos temen que á quienes aman. Para Rivarol el antiguo régimen había por completo acabado; los nobles y los curas se habían á su vez perdido; y solo quedaba de pie la monarquía, quien estaba en el caso de transfundir á sus venas la sangre joven y calurosa lo mismo del pueblo bajo que de la clase media. En los momentos más críticos él había dicho que cuando el Congreso por Julio del ochenta y nueve disputó al Rey el ejército, debió el Rey disputar al Congreso la nación. Pero el Rey, por desmayo de voluntad estaba en poder de los vencedores y por sentimientos del corazón estaba con los vencidos, sin ganarse ni unos ni otros, por favorecerles y servirles á medias. Rivarol quería que Luis XVI fuese un Maquiavelo coronado, y para Maquiavelo coronado le faltaba entendimiento y le sobraba conciencia. No teniendo el cuitadísimo más plan y propósito que la fuga, se había impedido á sí mismo toda salida, y entregado á los emigrantes la chalupa de salvación, hasta quedarse con su familia solo en barco que hacía por todas sus tabladas agua. Y en tal situación una parte del pueblo creía imbécil á Luis XVI, por haber aceptado cuanto le habían propuesto; y otra parte del pueblo le creía pérfido por haber protestado en secreto contra lo misma que aceptara en público. Así aconsejaba pronunciar un discurso al Rey, escrito por éste mismo en esbozos muy meditados y elocuentes, huyendo de los dos arrecifes, donde iba el trono á